

# Testimonio desde un hogar de vagabundos

ANTONIO ZARZOSA

Antonio ZARZOSA es un Hermano de San Juan de Dios. Vive con 112 vagabundos en un hogar permanente. Afirma que semejante tipo de vida es una gracia del Dios de la misericordia, que no se la merece. Cuando otros hablaríamos de un castigo del cielo...

1. ¿Qué caminos he recorrido para llegar a ser un evangelizador en tierras marginadas?

*Durante treinta y cuatro años he estado al servicio de los enfermos en hospitales de niños y de adultos. También me he ocupado de niños y jóvenes disminuidos psíquicos. He sido responsable de algunos grupos y realizado tareas burocráticas. Unos años en América, otros en África y la mayor parte de todo este tiempo en España.*

*Pienso que todos los pasos dados han sido como una preparación remota a la misión que el Señor quería encomendarme en esta etapa de mi vida: el servicio al hombre vagabundo. Estaba realizando diversas tareas que me permitían ratos de ocio cuando, un poco por curiosidad, otro poco por conocer algo desconocido, una tarde de domingo visité un albergue nocturno, en el que recogían a hombres de todas las edades y con muchas carencias sobre sus espaldas. Me impresionó mucho aquella visión. Las caras de los acogidos, su indumentaria y todo el conjunto, trajeron a mi memoria «el infierno de Dante». No fue todo esto lo más importante: el Señor quiso poner la guinda en la «tarta» que me ofrecía con unas palabras del que me enseñaba el recinto: «Esta es una labor vuestra, muy de San Juan de Dios», me dijo el P. Ramiro.*

*Comencé a sentir interés por los hombres que había visto. Dediqué parte de mi tiempo a visitar otros albergues. Seguí los pasos de algunas de estas personas y quise ver cómo pasaban el día y dónde dormían cuando no había sitio en los albergues. Dediqué muchas noches de invierno a visitar las estaciones del Metro, pasos subterráneos, casas en derribo y covachas en las que suelen guarecerse durante la noche. Descubrí un mundo totalmente desconocido y que no podía pensar existiese entre nosotros.*

*Una vez que se construyó el Albergue San Juan de Dios, allí empecé a servir a los hombres que, como el Señor, «no tenían ni dónde reclinar su cabeza». Me encontraba centrado en esta misión misericordiosa hasta que el Señor me mostró, a la puerta de casa, una realidad tan dura como la que había visto de noche por las calles de Madrid.*

*En muchas ocasiones me tocó estar a la puerta del Centro para informar y ordenar el ingreso al Albergue. Durante los meses menos fríos todo resultaba normal; solía haber camas para todos los que la solicitaban. No ocurría así en pleno invierno y a medida que era más conocido el Albergue San Juan de Dios. Solía pasar que en los meses fríos, después de haber dado todas las camas disponibles —doscientas—, todavía quedaban en la puerta, diez, veinte o más personas que no podíamos atender y a las que había que decirlas: «Dios os ampare».*

*Mi misión, en esos casos, consistía en darles un bocadillo e informarles de otros centros a los que podían acudir. Los más jóvenes, aunque profiriendo insultos y malhumorados, se marchaban. Los más ancianos solían permanecer a la puerta más tiempo e insistiéndome: «mire que no he comido nada caliente, que estoy muerto de frío, que no sé dónde pasar la noche...»*

*Estas escenas, repetidas una y otra noche, llegaron a ser una pesadilla que me acompañaba en la comida, en la oración, en la cama; era algo así como un disco rayado que me repetía: «no he comido caliente, estoy muerto de frío...» Con mi mente seguía a los hombres que habían quedado en la calle.*

*Coincidió que en reuniones con religiosos y religiosas dedicadas a atender a este sector social abandonado, al hablar de mi preocupación, varios de los presentes manifestaron tener la misma inquietud. Llegamos a la conclusión de que era necesario hacer un centro especial que diese acogida, sin límite de tiempo, a los hombres mayores en este estado de necesidad. Fue así como nació la idea de crear un centro para los hombres vagabundos.*

*Tuvimos que dar muchos pasos, llamar a muchas puertas hasta dar con un edificio donde poder dar comienzo a la obra. Al fin, dimos con un edificio*

*muy grande, que había sido un colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón. El grupo acordó que fuese yo el encargado de poner en marcha el centro, y con el permiso de mis Superiores me dediqué de lleno a acomodar el edificio, una parte muy reducida del mismo, para dar cobijo a los doce primeros.*

*Pese a las muchas dificultades de toda obra que empieza sin contar con recursos económicos, vi claramente que el Señor estaba junto a nosotros y nos proporcionaba los elementos necesarios para empezar. De forma impensada, fueron llegando las camas, los colchones, las mesas, las sillas, la cocina, etc.*

*Desde el comienzo de esta obra, no han faltado contradicciones, incomprensiones y obstáculos, pero la Providencia de Dios nos ha ido sacando a flote y nos ha proporcionado cada día lo que se necesitaba. Quiero poner un ejemplo donde vi, de forma descarada, la mano de Dios.*

*Me encontraba muy escaso de recursos económicos y con muy pocas provisiones; nos faltaban hasta las aspirinas. En la Oración solía decirle al Señor: «No nos dejes de tu mano». Creo serían las nueve de la mañana de uno de esos días de mayor apuro cuando una religiosa me trajo diez cajas de aspirina, y, unas horas más tarde, un matrimonio, al que nunca había visto, vino a traer un buen donativo que nos sacó del apuro por un mes.*

*Gracias a Dios, hoy disponemos de un edificio especialmente preparado para atender a ciento doce hombres mayores indigentes. Ellos han encontrado el hogar que no tenían y la familia que no les rechaza. Un grupo de religiosas y religiosos estamos a su servicio. La Iglesia de Madrid les ayuda a vivir dignamente y, entre todos, tratamos de evangelizarlos.*

*Desde mis sesenta y cuatro años de edad, al revisar todo el camino recorrido, lo veo como una preparación a la hermosa parcela que el Señor quería encomendarme y que, de verdad, es una de las grandes gracias que el Señor me ha concedido.*

## **2. ¿Cuáles son mis motivaciones y objetivos de evangelización?**

*El haber elegido la Orden de San Juan de Dios para consagrarme al servicio de Dios fue, precisamente, por ver en ella el mejor medio de realizar mis aspiraciones de ser socorro de los necesitados.*

*Desde el seno de mi familia he vivido esta preocupación. En los años de la postguerra mi madre se cuidó mucho de proporcionar alimentos a familias*

numerosas. Mi madre no sabía que esto ahora se llama compartir; sabía, sin embargo, que amar al prójimo es tanto como amar a Dios.

*Siempre he creído que, en la Iglesia, los miembros que se consagran totalmente a su servicio debían ser los primeros en acudir allí donde el hombre sufre. Cuando me he cuestionado la labor que he realizado en los diversos campos de mi actuación, me preguntaba: «¿Está atendida esta necesidad? Si fuese mi padre o mi madre el que se encontrase en esa situación de angustia, ¿qué haría yo por ellos?» Posiblemente esto me ha llevado a ser un tanto radical y, por ello, merecer incompresiones. La Iglesia no está para hacer competiciones en el terreno asistencial. Pobres y necesitados habrá siempre entre nosotros. Cuando un sector social está atendido, hemos de saber correr al servicio de los aún desamparados.*

*Dice el refrán que «ojos que no ven, corazón que no siente».*

*Cuando se ha visto y conocido la realidad y la problemática del hombre errante que, como rata huidiza, se esconde de la sociedad, no puedes por menos de sentir compasión e intentar mejorar su penosa situación. De aquí que, en mi caso concreto, mi objetivo primero fue darles techo seguro y el pan de cada día. Pensaba: «primero que vivan; luego trataré de que este hombre regrese a Dios, segundo objetivo».*

*Como religioso de San Juan de Dios, consagrado a ejercer la misericordia, siempre he visto en el Evangelio la fuente de inspiración y modelo de actuación, pues toda la vida de Jesús rezuma misericordia. Por otro lado, los sentimientos que San Juan de Dios refleja en sus cartas me demostraban cómo el Santo vivía y bebía del Evangelio. En uno de sus escritos dice refiriéndose a los pobres: «viéndoles padecer, como no los puedo socorrer, estoy muy triste», y en otro: «tan pobres y maltratados los vi, que me quebraron el corazón».*

*El Señor pide a cada uno lo que le puede dar y, en ocasiones, aun estando en la «brecha» que te ha asignado, te da a comprender que le puedes dar algo más. Lo más curioso es que, si de nuestra parte hay generosidad, la gracia de Dios pone el resto: fortaleza, alegría, paz interior...*

### 3. ¿Qué hago en concreto como evangelizador de frontera?

*Estoy dedicado al servicio del hombre en situación de abandono. Hombres mayores indigentes: vagabundos, mendigos, errantes, etc. Por lo general, personas escasas de salud, inhábiles para el trabajo, «sin familia», carentes de*

recursos económicos y que hacían su vida «tirados» por las calles de Madrid. Todos ellos han pasado muchos años viviendo de la mendicidad y durmiendo en covachas. Hombres marginados que muy bien podemos considerar como los desperdicios humanos de la sociedad de consumo; que, aun viviendo rodeados de un ambiente de confort y de placer, padecen no sólo de hambre, frío y miseria, sino también de la cercanía humana. Hacerme presente entre ellos, darles a entender con actos concretos que se les quiere, que se asumen sus dolores como propios y ser su cireneo es mi labor.

Me encuentro entre ciento doce hombres con estas características, viviendo con ellos desde hace nueve años. Estas personas, dada su larga experiencia de abandono, ya no creen en promesas, quieren realidades concretas, y, cuando las ven en nosotros, empiezan a tener confianza. Convencido de esta exigencia, me he puesto a su lado día y noche. Vivo en el mismo edificio y «me gasto» todos los días del año con la máxima preocupación de serles útil y de que ellos me vean como a alguien de su familia. He pensado que si me limitase a venir durante unas horas al día no estaría realizando lo que ellos necesitan y lo que siento como exigencia.

Mi solidaridad se manifiesta en la diaria preocupación por proporcionarles lo necesario para vivir con decoro, desde el alimento o la ropa de vestir, hasta devolverles su identidad: que consigan su documentación personal, y en la medida de lo posible, siendo testigo del amor que Dios les tiene. Ellos conocen que la mayoría de los que les cuidamos somos religiosos y religiosas, por lo que no es preciso hablarles mucho de Dios. Cuando hace poco pregunté a un acogido: «¿Cómo ves tú a Dios?», él me respondió: «le veo en vosotros».

Nos esforzamos en romper la cáscara que oculta su dolor. Nuestros acogidos han soportado en solitario todo el peso de sus fracasos y humillaciones. En su interior tienen una herida de amargura y rencor.

Tienen acumuladas muchas experiencias negativas que se manifiestan en su habitual desconfianza. Pese a ser hombres endurecidos por la vida, en el fondo son como niños y necesitan que los tratemos como niños. Ansían cualquier demostración de afecto, de comprensión: una mirada, una sonrisa, cualquier signo de amistad, desde darles la llave de un departamento a disimular su embriaguez del día anterior. Cargar todos los días las baterías de paciencia, de comprensión y de mucho amor es lo mejor que puedo hacer por ellos.

#### 4. ¿Por qué actúo así?

*Durante muchos años vengo tomando el Evangelio como tema preferido de mi oración personal. Por este medio he llegado al convencimiento de que el amor de Cristo al hombre es desbordante, y, si se trata del hombre que sufre, ya no tiene medida. He pasado de una concepción de un Dios rigorista a un Dios que nos ama, a un Dios Padre que nos ama y quiere lo mejor para nosotros. He visto que Jesús, aun siendo cumplidor estricto de la ley, no duda en olvidarla cuando se trata de salvar al hombre. Que come con pecadores, que toma como a su madre y sus hermanos a los que están a su lado, los que le necesitan; que no duda en decir que la ley está hecha para el servicio del hombre y no a la inversa.*

*Si tengo que ser consecuente con mi cristianismo, si soy consciente de ser portador de un don, el de la misericordia, que el Señor me ha regalado; si sé que este don no es para mí, ni para enterrarlo, sino que he de ponerlo al servicio de mis hermanos; si, además, me siento feliz haciendo lo que hago, no encuentro motivos para no ser fiel al Señor.*

*La Iglesia, como Jesús, nos estimula a todos a compartir con los más desfavorecidos, pero muy particularmente a los que optamos preferencialmente por los pobres.*

*Cuando el Señor me hizo ver el vasto campo de misión que existía en esta Gran Ciudad con cientos de hombres arrastrando una existencia, permítanme la expresión, peor que la de muchos perros que viven en los pisos de Madrid, vi la oportunidad de hacer algo por el «Cristo» que todavía sufre entre nosotros. Me parecía que mi oración no era sincera y los rostros de los desheredados parece que me seguían. En algún momento pensé: «quizás sea éste el último esfuerzo que puedo hacer por Cristo».*

*Durante algunos meses, el temor al fracaso y a la erosión de mi imagen me hicieron retrasar la decisión. Cuando expuse a mis Superiores la idea y me concedieron permiso, sentí un alivio, pero también fue algo así como si me hubiese arrojado al vacío desde un quinto piso.*

*El Señor, por su parte, pronto me dio a comprender que le agradaba esta obra. Pese a todas las dificultades propias de los comienzos, la Providencia de Dios se hacía patente una y otra vez. Sin saber cómo, pues no se había divulgado el proyecto, fueron llegando los utensilios necesarios para empezar: camas, mesas, sillas, colchones, etc., etc. Es más, cuando, una vez iniciada la labor con los primeros vagabundos, escaseaban los alimentos y los recursos, perso-*

*nas a las que no conocía de nada nos trajeron lo suficiente para salir del apuro. Ante estas manifestaciones descaradas de Dios ¿quién deja a los pobres en la estacada?*

##### 5. ¿Qué diría a mis hermanos en la fe cristiana...?

*En términos muy generales, que todos los cristianos podemos y debemos evangelizar desde nuestra situación concreta, y que debemos hacerlo con naturalidad, sin complejos, sin miedos, sin rubor; con la libertad de los hijos de Dios.*

*La vivencia cristiana ha de reflejarse en nuestro actuar, aunque tengamos frente a nosotros la corriente de un mundo que habla de la muerte de Dios y que, sin embargo, anhela que se le hable de Dios. Por esto nuestro compromiso de manifestarles que Dios vive y está entre nosotros.*

*El hogar, sin duda alguna, es el mejor medio para evangelizar a la sociedad. De las actitudes de los padres dependerá, en gran medida, que los hijos vivan conforme al Evangelio. Cuando en una familia se anteponen los valores educativos de los hijos a intereses económicos; cuando se renuncia a mayor confort por compartir con los más desheredados; cuando existe un esfuerzo común para lograr la comprensión y el entendimiento entre padres e hijos; cuando, en definitiva, el matrimonio vive su cristianismo, el hogar se transforma en faro que ilumina y guía.*

*A los cristianos ocupados de la política, me atrevo a decirles: Que sean menos pródigos en promesas a la hora de las elecciones y más generosos cuando lleguen al Gobierno.*

*Que busquen con más interés el bien común que su propia imagen y mantenerse en la poltrona.*

*Que no empleen la ley del embudo, pidiendo austeridad y, al mismo tiempo, derrochando los bienes comunes.*

*Que los que gobiernan no olviden que están al servicio de toda la sociedad y no sólo para los que son de su partido.*

*Que los que tienen poder hagan todo cuanto puedan por dignificar la existencia de las clases más desfavorecidas, pues esto contribuirá a garantizar la paz social, la convivencia y la justa distribución de la riqueza nacional.*

*Finalmente, que tengan presente que «no hay mal ni bien que cien años dure» y, por ello, que su satisfacción será el de haber cumplido con honradez y justicia.*

*A los educadores, que ellos son los llamados a humanizar el comportamiento de los hombres, a dar sentido cristiano a la vida, a sembrar el germen de fraternidad humana, a sentar el principio de que los bienes de la tierra tienen un destino común: el hombre, no sólo el de unos pocos. Sobre los educadores cristianos recae la grave responsabilidad de hacer un mundo más justo, más solidario.*

*A las personas consagradas a Dios, que su opción preferencial por los pobres sea una realidad concreta en España. Que de su riqueza espiritual e intelectual deben beneficiarse los que más lo necesitan.*

*Que no hay mejor promoción vocacional que el testimonio de vida de cada miembro del instituto religioso.*

*Que la vida pobre, vivida por los que más nos necesitan, es fuente de gozo y un constante mensaje de paz, amor y alegría.*

*Que si queremos perfumar el ambiente con el olor de Cristo, tenemos que impregnarnos de Cristo, y que esto no se logra sino con mucha oración .*